Tenencia destino tierra

Ver pág. 4-5

AÑO XXVII — Nº 1368.

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PUERTO DE PUNTA DEL ESTE.
(Fotografía Juan Caruso).

Mar y barcos dibujan una viñeta sugestiva bajo el cielo diáfano del concurrido balneario, donde los aficionados del deporte náutico encuentran un escenario propicio de inolvidable belleza.

LA PAREJA HUMANA

LA pareja humana... De ella venimos, y ella es el eje en el que se incrustan todas las capacidades y matices del sentimiento. Somos seres temporales, pequeños fugitivos evadiéndonos imaginariamente de una cárcel sin salida fabricada por nosotros mismos. El amor en todas sus gamas, desde la pasión a la amistad, y su revés desde la indiferencia al odio, fijan los caminos del hombre: —¡el amor, quebradero de cabeza de todos los poetas, desde los más ilustres a los más ripiosos!— Como contrafigura, el tiempo y la muerte montan guardia sombría, en muda indicación del *sic transit*, aquel "¡Hay que morir!" lúgubre que repetían como una salmodia los trapenses para refrescar la memoria de los individuos apegados a la tierra. Existe una vinculación sutil entre el amor y las horas: no se ama de igual modo a pleno sol y en plena mañana, que cuando cae la tarde; ni cuando el verano rige la existencia o va la vida hacia el otoño. Hay un reloj diferente para cada emoción: el de los desesperados, el de los solos, no anda, sus agujas no se mueven; el del condenado a muerte adelanta, inexorable y exacto; el de los enamorados, atrasa siempre.

Y la pareja humana, víctima del calendario y de la hora de las circunstancias y de ella misma, yergue su doble soledad con el mordiente anhelo de la consecución improbable de la dicha.

Vamos a buscar en la literatura los modelos. Porque la literatura, que va siempre detrás de la vida, ha incorporado a su caravana parejas eternas, que cumplen todas las posibilidades sentimentales. Ora tomadas de la existencia, y se vuelven símbolo, alegoría; ora imaginadas, y se han echado a andar hacia la realidad y se han vuelto arquetipos. Si la literatura plagia el vivir, también fabrica moldes propios para que la materia humana cuaje en ellos sus perfiles verídicos. El tema primordial del idilio ilumina su ámbito. ¿Qué harían, si se eliminara del mundo el romance, poetas y prosistas? En verdad, su oficio decaería en un descrédito sensible.

Y si nos detenemos a examinar algunos de esos amores célebres, caeremos en una comprobación que confunde y turba: ¿qué hace célebre en resumidas cuentas al amor? Pues... generalmente, la desventura. Ningún idilio perfecto y cumplido cuyos actores envejezcan juntos y mueran patriarcalmente rodeados de hijos y nietos, ha encarnado con tanta fuerza como los romances patéticos y truncos donde la tragedia del desenlace puso un dejo amargo. En rigor, no es de la mayor o menor intensidad de amor de donde le viene el relieve, sino del grado más o menos dramático del fin. Hay un moroso y amoroso deleite, un arrobamiento en desafiar y vencer —si se puede— la peripecia adversa. Y al último, saqueada la sonrisa de los protagonistas, entre ríos de llanto y con su buena dosis de decepción, ya pueden aspirar a la perpetuidad.

No haremos el censo de parejas de la vida real, como Paolo y Francesca, que siquiera murieron juntos, o como Abelardo y Heloísa, donde el sufrimiento no amenguó la ternura, porque preferimos acudir y permanecer dentro de la órbita de la creación intelectual, que en veces, claro está, toma para sí el caso viviente, como en la historia de Montescos y Capuletos: no olvidemos que la fantasía lleva siempre una semilla de verdad. Tampoco entra en la nómina la pareja primigenia, porque desde nuestro punto de vista no medió romance alguno entre los actores de aquel nunca ensayado primer acto del planeta. Eva fue la culpable, sí, de la pérdida del Paraíso; pero, vamos, que Adán colaboró también, pues no rehusó el mordisco frutal, aunque hasta ahora han sido para Eva todos los reproches. No puede hablarse de amor todavía. Este vendrá más adelante, cuando haya problemas de rivalidad, elección, competencia casi deportiva en el triunfo sentimental. En la hora de Adán y Eva, como no había otro hombre ni otra mujer, todo se redujo a tomarse o dejarse: era la sola alternativa. Y disminuyendo la culpa, lo que acarreó todo, fue un mero conflicto nutritivo: los siglos y los hombres le añadieron luego el adorno de la parábola admonitoria, con tentación, serpiente y pecado original.

Volviendo a los libros; sin agotar ejemplos, la sola galería shakespiriana —que ya dijimos que tuvo buenas fuentes en la realidad—, en sus más sabidas obras nos surte de un lote de pasiones tradicionales: Otelo y Desdémona, Romeo y Julieta, Ofelia y Hamlet, por no citar más. Sin forzar la pesquisa, Goethe nos entrega a Margarita y a Fausto, a Carlota y a Werther; Ibsen, a Peer Gynt y a Solveig; Federico Mistral, a su Mireya y a Vicente; Dumas, a Armando y Margarita Gautier; Maeterlinck, a Peleas y Melisanda; nuestro americano Isaacs, a Efraín y a María.

Detengámonos aquí para un breve inventario. Entre esos héroes de la ficción, se anudó un lazo amoroso digno de grabarse en la memoria de los hombres y perdurar en el tiempo convirtiéndose en lugar común del enamoramiento perfecto. Pero, ¿cuál es la causa de la sublimación? Tan sólo, que súbitamente por uno de los términos de la ecuación falla el equilibrio; el más débil cae y se precipita en el abismo de la soledad, de la amargura, de la resignación o la muerte, según su coraje; pero, curiosamente, es el más débil el que a la postre vence; el más enamorado, es cierto que es el más indefenso, el que no cree necesaria ninguna coraza; pero su fe es al mismo tiempo su fuerza; aunque, ay si se resquebraja... Por eso siempre respetaremos más la pena de Solveig y su indomable espera que la perpetua desorientación de Peer Gynt: nos parece oírle rezar a la sumisa, los versos que la imaginación de Gabriela Mistral puso en su boca: *"La tierra es dulce como humano labio / como era dulce cuando te tenía / y toda está ceñida de caminos. / Eterno amor: te espero todavía..."*

Julieta, desesperada e impaciente, se envenena; Ofelia, enajenada, casta y dulce, se ahoga en las aguas como una flor tirada en la corriente; Margarita se enloquece —"su delito fue una inocente ilusión", suspiraba Fausto—; Werther eligió el pistoletazo final; Mireya murió de insolación; María, como Margarita Gautier, de tuberculosis, que para el Romanticismo era el único modo decente de terminar con la vida; Solveig se dilapidó en fidelidad, otro mal incurable; y Melisanda sencillamente muere de amor, que tampoco es una manera inteligente de morirse. No olvidemos el infortunio conmovedor de Cyrano de Bergerac, enamorando desde la sombra a su ideal Roxana para escamotearle el rostro ridículo. ¡Lindo saldo de fracasos forma la urdimbre de los amores famosos! Y si preguntamos por los atributos que rondan la convivencia de la pareja humana, se nos dirá que la Ocasión es calva, apenas con un mechón huidizo por el que raramente puede asírsela, y que la Justicia es tan ciega como el Eros que tira flechas sin responsabilidad ni tino. Con tales invalideces debe contar el hombre.

Nos encontramos así en pleno desconcierto. ¿Atenernos al sueño? Oh, también por ese rumbo se naufraga. Como antídoto del soñar, nada mejor que los porrazos de don Quijote, inocente señor de la Quimera, al caer de Rocinante. Su Dulcinea sólo fue Dulcinea mientras él la hizo tal en su exaltado corazón; él puso todo; mas no por ello la otra dejó de seguir siendo nada más que Aldonza Lorenzo, la sólida y sensata campesina del Toboso, que sin duda murió longeva, sin saber siquiera que su alma estaba en paz. Los seres que se instalan en la vida así de cómodos y así de confortables están eximidos del delirio imaginativo, del sobresalto premonitorio, del temor del remordimiento, de la esperanza, de los celos, de todos esos impuestos que se les cobra a las naturalezas hipersensibles: las sirenas que tentaban a Odiseo no contaron con que el nauta se había tapado los oídos. Como ésta de Odiseo a las sirenas, son las pequeñas estafas de cada día, que no figuran en los códigos, las pequeñas estafas por las que no se va a la cárcel, pero que dejan en el ánimo las mismas llagas que los grilletes en las carnes. ¿Tal vez porque, como dice un personaje de Montherlant, "no hay gran destino sin un poco de melancolía"? Menguado consuelo para el derrumbe secreto. De la ruptura de la armonía en la pareja humana, irradia el fuego torvo de las pasiones amordazadas, que devoran sin llama y dejan por dentro las cenizas. No se equivocó Augusto Ferrán, aquel poco conocido contemporáneo de Bécquer, cuando en copla elegíaca exclamaba: *"Las penas pequeñas / son las que hacen daño, / que las grandes, / o matan de pronto / o pasan de largo"*. ¡Si fuera en la vida como en los cuentos orientales, donde interviene lo maravilloso para interceder ante el destino y reune al fin a los enamorados! Schahriar no le cortó por último la cabeza a Schahrazada y se presume que vivieron felices; y como Nala y Damayanti, como Sakuntala y Dushmanta, después de superar los obstáculos, algunos obtienen la recompensa de la plenitud decisiva y jubilosa.

Pero en el territorio del espíritu, la generalidad de los tipos literarios nos enseña que ahí sucede como en los pueblos primitivos: es la lucha por la sobrevivencia, es matar o morir; y quien escoja voluntariamente para sí la abnegación o el desinterés, debe saber que va condenado de antemano a pagar su pecado imperdonable de dulzura. Más expeditivo —y por ello hemos de respetarle la sinceridad— se nos muestra el marqués de Bradomín al confesar con una nostalgia que lleva cierto ribete de cinismo: "Yo soy un santo que ama siempre que está triste"; pues sin duda se entristecía a menudo para probarlo.

Deambula siglos la pareja humana detrás de un espejismo; deja en el libro o en la estatua, en la canción o el cuadro, el testimonio de la derrota que la eterniza. El hambre de felicidad es hermana del mito de El Dorado: se ubica en todas partes y en ninguna existe.

Porque sólo la muerte puede conceder esa beatitud del renunciamiento y el olvido, perdón absoluto; sólo en ella —y es de Colette la frase aguzada— puede caber "ese apetito de serenidad que se llama ignorancia".

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



Carne y espíritu: los dos polos seculares en torno de los que giran desde siempre los conflictos de la pareja humana. (Detalle del grupo escultórico de Eros y Psiquis. Museo del Capitolio, Roma).

UN VIAJE POR EL INTERIOR DE UNA PERA

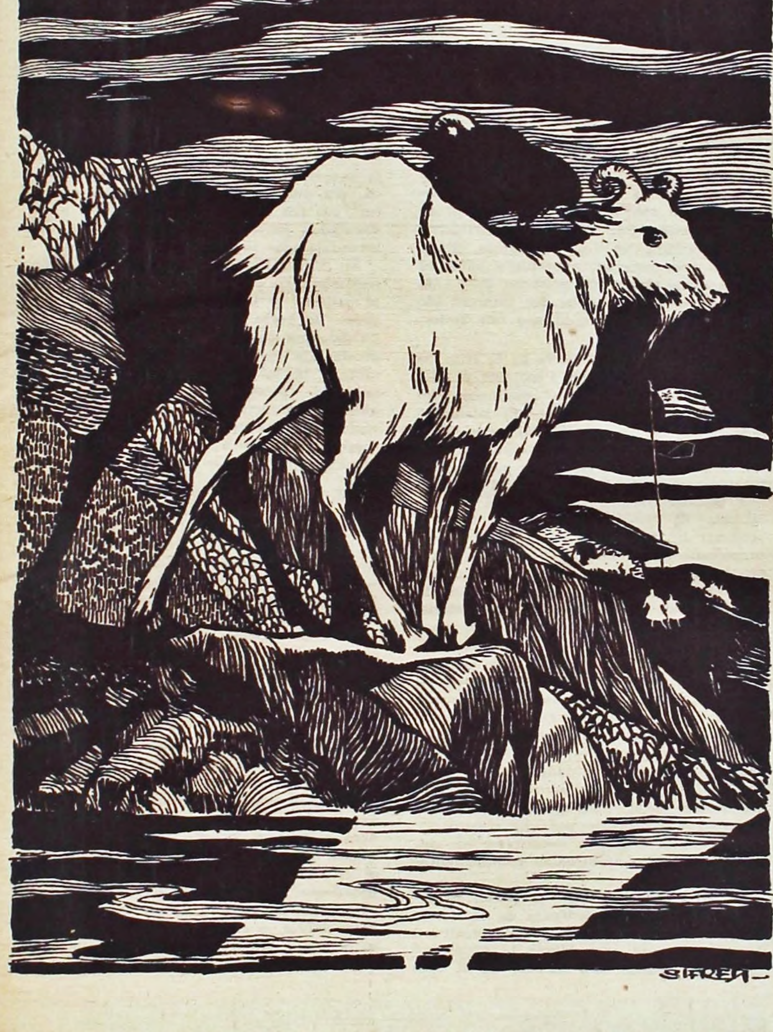
CUANDO, a las cuatro de la mañana, salimos al balcón de nuestra pieza en el hotel, frente a la plaza de Maldonado, nos sorprende el tumulto sonoro de los gallos que cantan desde todas las direcciones. No es un horizonte de gallos; es una orla de amapolas acústicas que envuelve a la ciudad a esta hora. En el concierto participan todos los gallos del pueblo, y no se oye otra cosa. Pronto la ciudad fernandina despertará y será presa de muchos ruidos: la grita de la feria, los altavoces de los comercios, las campanadas de la iglesia, el vocear de los diareros. Acabo por creer que el gremio de los gallos ha decidido aprovechar esta hora libre, vacía de otros ruidos. Y mientras que, con la cucurbitácea en la mano, repongo la cifra normal de glóbulos verdes perdidos durante la noche, mi oído se complace en ubicar en la oscuridad y en la distancia a las diversas voces de esta cantata plumada que despide a la noche.

El inspector de escuelas, Francisco Sugo Montero, me había dicho: —"Iremos a las serranías de Valdivia". Y ante mi pregunta, inquiriendo la ubicación del paraje, agregó: —"Si el mapa de Maldonado representa una pera, Valdivia está situada en la parte superior, en el cabito de la pera".

Las asperezas de las serranías son tales que sólo en jeep se puede llegar hasta ese extremo norte del departamento. Y en jeep, pues haremos este viaje ascendente por el interior de la pera.

Cuando a las 5, partimos desde la plaza, ya está aclarando y el cielo, por el Este, va tomando un color terracota.

Atravesamos San Carlos en el alba. A esa hora, los luminosos apagados, los comercios cerrados, la ciudad carolina recupera su aspecto colonial. Un color de botijo ilumina la fachada de la iglesia del tiempo de los virreyes. Se oyen las pitadas de los guardiaciviles que tejen sobre la ciudad dormida una leve red de cintas blancas.



Cuando tomamos la carretera a Rocha, el cielo tiene un tinte ocre que va virando al arrebol. Próximo a los límites del departamento, doblamos hacia el Norte, y al llegar a la localidad de Garzón ya está el farolero, con una larga pica, apagando las luces de mantillas en las esquinas de la plaza. Y luego, ya decididamente en dirección Norte, ascendemos. Nos lo dice el jeep, que rezonga, contrariado quizás por nuestra conversación versátil, mientras él ronca y suda, transportándonos.

Entramos por los callejones entre los alambrados de los potreros. Gramíneas compactas, buenas aguadas y un ganado vacuno que nos mira pasar con extrañeza. Son extensas cuchillas armónicamente onduladas, uniformemente cubiertas de pasto y donde ponen manchas oscuras islas de coronillas, talas, mataojos, molles. Pronto el paisaje va a cambiar y un elemento nuevo aparece: la piedra.

En efecto, unas leguas más adelante, ya son cerros como los de Minas, redondeados y anchos, con majadas de ovejas que pacen impasibles. Y luego, más adelante, atravesando quebradas y pasando sobre ojos de agua, aparece un escenario de serranías, con su piedra gris luminosa y los chivos curiosos, intrigados por nuestra presencia en sus dominios solitarios. Pasamos junto al cerro Baltasar, con tupidos árboles. A la distancia vemos una pareja de guazubirás que luego de detenerse para observar el auto, huyen medrosos como tiernos Bambis a refugiarse en el monte.

Estamos ya en plenas asperezas, en una sucesión de lomas dilatadas. El jeep avanza trabajosamente como una oruga que se abriera camino por el corazón de una fruta. Ocasiones, un ojo de agua mayúsculo ha convertido en surgente un trozo del camino y debemos hacer un amplio recorrido por el interior de una estancia y hasta atravesar por una manguera de piedra. Tomamos de nuevo el camino y siempre ascendiendo en este viaje que parece va a terminar allá entre las nubes redondas que se ven sobre las cerrilladas.

Bandadas de tordos, blancas "viuditas" que nos acompañan un trecho volando a nuestro frente, un picapalos vertical cuya tarea interrumpimos, y muchos horneros poniéndoles a los postes el capitel de su cerámica primitiva. En el ángulo de un potrero, un fuerte ñandú macho controla su serallo ganado a pico y alas sobre sus adversarios. Levanta en alto periscopio su ojo vivo, porque sabe, él también, que "la donna e mobile".

o

No son muchos los árboles en este escenario de gramíneas, piedras y corrientes de agua. Islas de árboles indígenas. Pequeños montes de árboles bajos junto a los arroyos. Y en las escasas estancias que se ven de tiempo en tiempo algunos eucaliptos, álamos y ombúes. Mas, a medida que avanzamos hacia Valdivia aparece un árbol que va predominando. Es el caroba, de mediana talla, de hojas finas y claras, que en el conjunto toman una singular coloración celeste.

Y luego de atravesar las diversas corrientes que formarán el arroyo Valdivia, después de seis horas de viaje, llegamos a la loma donde están los ranchos que ocupa la escuela. Mientras mi compañero de viaje cumple su tarea, mis ojos son absorbidos por el paisaje.

Es un día luminoso. Las serranías, brillantes y límpidas, parecen de porcelana. Redondeadas nubes se mueven con parsimonia en un cielo añil. Y las sombras que proyectan sobre la tierra forman grandes manchas oscuras movedizas. Los marcos de las ventanas de la escuela encuadran paisajes serranos impresionistas. Luz, aire azul, brillantes serranías, todos con el subravado celeste de los caroba. Y en los 360 grados de esta extensión que contemplamos desde una altura, apenas vemos dos o tres viviendas muy distantes entre ellas.

Y caemos en cuenta que hemos estado viajando —y ahora estamos en el centro— de una extensa región muy solitaria. Hemos encontrado muy pocos ranchos. Nos hemos cruzado con dos o tres carretas lentas, de bueyes taciturnos y de carretero callado, como si fuera atento a la antena de su picana. Muy poca gente pasa por estos caminos que puede atravesar un jeep en el verano, pero no podría hacerlo en el invierno. Suelen pasar los compradores de chivos, cuyos cueros y pelo se cotizan bien. Y los que van hacia Aiguá o hacia Rocha a vender el carbón de leña, cuyos hornos hemos estado viendo en las laderas de algunos cerros. Y nadie más.

Desde el punto de vista social, muy poco cuenta esta zona. Algunas estancias, algunos ranchos, muchas ovejas, muchos chivos. Carbón de leña. Cerrilladas, lomas de piedra, ojos de agua. Nada ha ocurrido en ella. Ninguna batalla, ninguna fundación, ningún hecho colectivo. Nada se habla de ella en las historias patrias y se dice muy poco de ella en las geografías. Y pienso en todas las zonas semejantes de nuestro país, desconocidas porque son inabordables y de las que no hablan los hombres que se mueven por las carreteras y por los ríos.

No son zonas baldías. *Asperezas* las llama el paisano. Y, en efecto, son ásperas, pero no estériles. Ya dijimos que las gramíneas son húmedas y alimentan a vacas y ovejas. Y más arriba, los chivos —cuyas siluetas se recortan sobre el perfil de las piedras como sombras chinescas— tienen matas, arbustos y hasta canelones para las sequías. Y no hemos visto en parte alguna abandono ni desidia. Y caigo en cuenta que estas regiones desconocidas forman la medula de las frutas de las que habitualmente sólo vemos la corteza.

Costas de playas límpidas o de cabos hermosos, ciudades animadas y mundanas, carreteras fáciles son la corteza brillante de nuestro país. A cuyo brillo y lozanía contribuyen en silencio, anónimamente, estas zonas interiores, de difícil acceso; más, cuya linfa mana permanentemente como los ojos de agua que hemos estado viendo. Y concluyo que si no es metiéndose en la oruga de un jeep no se puede llegar a conocer el interior de esa fruta que es nuestro país.

o

En caballos y petisos, treinta guardapolvos blancos se reparten en todas direcciones entre estas asperezas. Y nos vamos, nosotros también, de regreso. Parece que las mismas "viuditas" nos hubieran estado esperando en los mismos alambrados para acompañarnos otro trecho. Cuando llegamos a Garzón, ya oscurecía. Un hombre, con un largo palo, iba encendiendo los faroles de las esquinas de la plaza. Ladraba algún perro. Unos grillos rayaban la noche. Un fuerte olor de albahaca subía de una huerta.

Isidro MAS DE AYALA.

(Especial para **EL DIA.**)

ANALISIS ESPECTRAL DE

TENENCIA Y DESTINO



El estanciero y el peón. Dos planos fotográficos y dos realidades sociales. (Foto Wolfgang Hoffmann).

Propietarios y arrendatarios. — La tenencia de la tierra, como muchas otras cosas cuantificables de la economía rural, desborda el marco numérico de las estadísticas. Hay ideales agrarios, formas colectivas de concebir los vínculos entre el hombre y el paisaje, tipos tradicionales de explotación agrícola y filosofías de la vida campesina que condicionan, histórica y jurídicamente, las modalidades tenenciales. Comúnmente, todas estas superestructuras ideológicas descansan en el proceso constitutivo de la propiedad territorial y en cada área cultural del planeta revisten distintos caracteres.

La paysannerie francesa tiene raigambre feudal; los señoriales *hima* del Africa oriental son los representantes de una aristocracia guerrera de pastores negros que sometieron a los agricultores sedentarios; el *fellah*, sempiternamente explotado, tipifica tanto en el antiguo como en el moderno Egipto, la servidumbre del hombre campesino; el gaucho rioplatense, un desarraigado ecuestre, sólo apetecía los valores semovientes del ganado, y aunque hubiera ambicionado la tierra no la habría logrado, pues la propiedad de la misma estaba en manos del patriciado criollo.

En nuestro país, de los 89.130 establecimientos rurales que registra el Censo Agropecuario de 1956, 43.557 están ocupados por sus propietarios (9:110.047 hás.); 26.975 se hallan arrendados (6:939.390 hás.); 5.209 figuran trabajados por medianeros (420.559 hás.) y luego existen otras formas de tenencia que no especificamos para no complicar con cifras la comprensión primaria de este esquema. De la simple comparación de los guarismos se comprueba que los propietarios están en minoría: hay 43.557 propietarios frente a 45.573 no propietarios. De los 16:759.825 de hectáreas explotadas de la República esos propietarios abarcan sólo un 54,36%; el resto se reparte entre otras modalidades jurídicas.



Una estanzuela de 200 Hás. de campo, refleja asi

Si recordamos el caso de Francia, citado en una nota anterior, advertimos entonces que nuestra estructura tenencial posee un signo equívoco que debe ser interpretado primero y corregido, mediante una Reforma Agraria, después.

La propiedad de la tierra es la base de una economía rural sana. Pero esta propiedad ha de estar alejada igualmente del latifundio y del parvifundio. El latifundio invalida en su base los fundamentos de la democracia. Un país dominado por unas pocas familias terratenientes no puede practicar una verdadera justicia social por más que las declaraciones teóricas así lo proclamen. El parvifundio, por su parte, al atomizar la tierra, expulsa a los hijos del propietario de su seno y mantiene a quienes lo explotan en un mísero nivel de supervivencia sin permitir una economía de la abundancia. El ideal, en esta materia, es la mediana propiedad: en nuestras zonas pecuarias se debe practicar la ganadería intensiva, al estilo neozelandés, con la compensación de una agricultura autárquica; en nuestras zonas agrarias del sur se puede introducir el ganado vacuno para llegar a soluciones mixtas con plausibles derivaciones hacia la granja lechera. Pero el ejercicio de ambas modalidades arraigarán el hombre al suelo, crearán una verdadera mentalidad rural, una comunión entre la sociedad y el paisaje por ella construído. En definitiva, llegará a instaurarse así una economía de tipo campesino complementaria de la urbana.

El arrendamiento, por su parte, no es una forma ideal de tenencia de la tierra. Es posible aducir, a veces, que constituye la etapa previa para lograr la propiedad del fundo. Puede esto suceder en el caso de las explotaciones pecuarias o en el de la agricultura cerealera ocasional provocada, ora por los tentadores "precios oficiales", ora por los subsidios ostensibles o disimulados. Pero los aspectos negativos del arrendamiento son múltiples y dañosos.

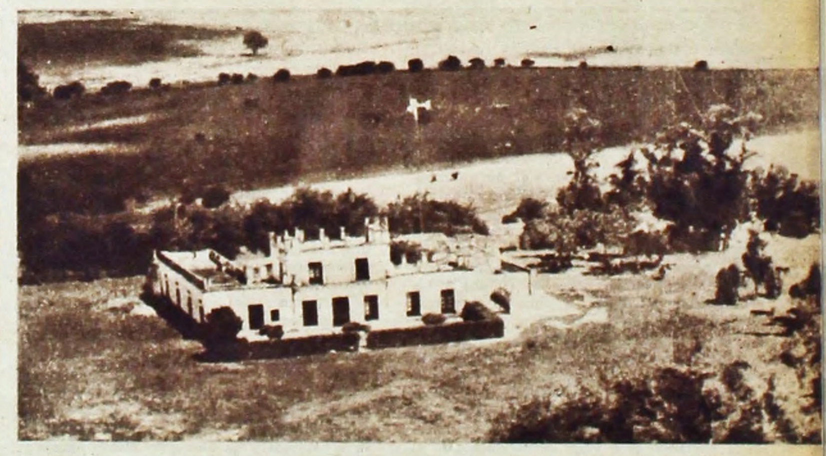
En primer término el arrendatario es un filibustero en potencia. La tierra no es ya el pedestal y la raíz del hombre; es una presa, un botín. El arrendatario actúa impulsado por cálculos comerciales y no por escalas de valores campesinos. En consecuencia, no le interesa la suerte del suelo cultivable; procura solamente arrancarle la máxima productividad con el mínimo de gastos. Provoca de este modo la erosión, el "cáncer de la tierra", y el empobrecimiento agrológico del país.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, el arrendatario no perfecciona su equipo de maquinarias ni practica mejoras en los fundos. No planta árboles; no construye nuevas dependencias. El es un ave de paso y de presa; frente a la tierra actúa con métodos depredatorios y no quiere dejar beneficio alguno al propietario o a su sucesor. Quien venga atrás que arree. Esta es su ética utilitaria, descarnada, individualista.

En tercer lugar el arrendatario está afectado por una *capitis diminutio* que lo estigmatiza en sus dos extremos: ya es un trabajador rural penosamente emancipado que encalla para siempre en la rutina de la pequeña empresa agrícola o ya un aventurero que juega a enriquecerse mediante los precios remuneradores de una zafra lanera o de una cosecha de trigo. De este modo, tanto por lo bajo como por lo alto, el arredantario se evade de la normalidad económica. Ha dejado de ser un asalariado rural para convertirse en un agricultor sin perspectivas, o es un hombre poseído por el demonio del azar que arroja sus naipes sobre la carpeta de la tierra. Y en esta



El casco de estancia colonial fundada en el siglo XVIII. (Foto De Grandis).



El casco de la estancia-fortaleza del período de las guerras civiles. (Foto De Grandis).



en las viviendas e instalaciones su condición modesta (Foto De Grandis).



La estancia moderna, de implantación reciente y equipo tecnificado (Foto De Grandis)

UNA ECONOMIA CRIOLLA
DE LA TIERRA

especie de "tute cabrero" al revés, tanto el que se tira a más como el que se tira a menos, deja de ser una figura representativa de una clase campesina consciente de sus deberes productivos y de su misión estabilizadora de la economía nacional.

Y entretanto el propietario, el gran ausente, disfruta en la ciudad las rentas que le rinde un fundo desvirtuado en su destino material y social, en su raigambre y en su fruto.

Este ausentismo, por otra parte, es común también en los terratenientes que delegan a los capataces la rectoría de sus estancias y, herederos de las tierras vastas y la mentalidad estrecha del patriciado, usufructúan en Montevideo sus antiguos privilegios. Pero estos propietarios se han quedado en las etapas coloniales del capitalismo. Todo lo esperan de la buena fe del ganado y de la afirmadora presencia de la tierra. ¿Es necesario decir que son una rémora del progreso social por partida doble?

Los Juan sin Tierra. — La población registrada por el Censo Agropecuario de 1956 es de 413.859 personas. Pero se parte de una base territorial y no de un criterio demográfico.

Aquellos habitantes de nuestro campo que ocupan o poseen superficies menores de una hectárea no son registrados.

Quedan al margen, en consecuencia, los pobladores de los rancheríos. Estos rancheríos no constituyen, por cierto, núcleos urbanos. Son los reductos "residenciales" de los elementos improductivos, de la familia del peón, de los trabajadores estacionales. No pueden catalogarse de *rural non farm* como estilan los norteamericanos. En el rancherío vive auténtica gente de campo que se ha ido quedando sucesivamente sin el amparo comunitario de la estancia, sin el caballo emancipador del gaucho y sin la achura alimenticia del asado. Se refugiaron en el rancherío los Juan sin Tierra del subproletariado criollo (muy distintos del Juan sin Tierra inglés, por cierto), los desposeídos de todos los tiempos, los marginales y los incapaces, las víctimas del latifundismo, los *sudras* o intocables de las castas campesinas uruguayas.

El rancherío nació hacia 1875, cuando el alambramiento de los campos y la racionalización administrativo-productiva de la estancia desalojaron a los hijos, mujeres y padres del peón que habitaban en el centro gentilicio de la hacienda. Se produce entonces una división: la estancia se convierte en una "fábrica" de ganado, con su plantel obrero, y el rancherío surge como un núcleo "residencial" de los allegados del peón. Un criterio urbano ordenó esta operación, este cálculo frío y hereje. Se pensó en producir sin el contrapeso de los agregados y de las familias del trabajador pecuario. La antigua labor de previsión y amparo social de la estancia fue abolida. El viejo estilo gentilicio fue sustituído por una axiología industrial. La estancia se convierte entonces en un "taller" y el rancherío en un "barrio obrero".

El rancherío, tema elegíaco del campo oriental, es un mal que todos deploran pero que nadie cura. Los políticos, cada cuatro años, lo levantan en su chuza electorera, lo pasean enfáticamente por las tribunas y luego lo devuelven a su sueño polvoriento, a sus esperanzas mochas, a su piquete asoleado. Los estudiantes universitarios descubren en él, cuando visitan la campaña, el macilento rostro de la patria y ejercitan sus sentimientos redentores hasta que los primeros honorarios profesionales congelan la generosa rebeldía social. Los filántropos, finalmente, creen que con la limosna disimulada de la casita nueva en vez del rancho ruinoso todo se soluciona, sin pensar que es en la estancia y no en el rancherío donde reside el problema.

Nadie sabe a ciencia cierta cuántos compatriotas vegetan en los rancheríos.

Se dice y repite, en cambio, que son las postas nocturnas de los contrabandistas, los garitos de los tahures, las guaridas del vicio. Pero también son el reino de los mitos, de las luces malas de la imaginación. No por vivir en los rancheríos los desposeídos del campo uruguayo son malhechores, haraganes o prostitutas. Esto es lesivo, falso, malintencionado.

Hay en los rancheríos criollos buenos y trabajadores, familias excelentes. Pese a la abrumadora pobreza imperante se preserva en ellos la dignidad humana, el sentido de la justicia y la amistad. Cierto es que la familia "matriarcal" existe, aunque no de modo sintomático. También hay desajustes morales y sexuales, pero téngase la seguridad que no alcanzan los extremos disimulados por la burguesía urbana y exhibidos por los millonarios sodomitas en sus orgías veraniegas de Punta del Este.

El rancherío, nacido bajo un signo negativo, condenado por los estancieros y las estadísticas agro-pecuarias a un destino ridículamente urbano, ha buscado en la ciudad su emancipación tardía. La gente del rancherío emigra. Se va al pueblo, a la ciudad departamental y, en cuanto puede, a Montevideo. No hay censos que comprueben este fenómeno, pero el hecho existe y con reiterada evidencia; decrece paralelamente el número de rancheríos y el de braceros estacionales.

El campo pecuario se vacía, se vierte en la ciudad. El trabajador rural es un paria comparado con el urbano y el hombre del rancherío, que escucha la radio en los boliches, lo sabe con certeza. El Estado, tan duramente criticado por su dirigismo y sus Consejos de Salarios, ha dignificado al obrero, ha creado niveles de vida humanos y decorosos. El particular y la empresa privada rural —salvo rarísimas excepciones— han expoliado en cambio al trabajador de las estancias; han condenado su familia a un duro ostracismo; se han preocupado más del engorde de las vacas y el vellón de ovejas que del bienestar del proletariado rural.

Estas reflexiones son necesarias en nuestros días, tan propicios a la alteración de las escalas de valores y al revisionismo resentido de la revancha política.

Los estancieros han tenido siempre sus abogados en las poderosas Federaciones y Asociaciones patronales. Los medianos productores los tienen ahora en los profetas de los nuevos tiempos. Pero la gente del rancherío, sin abogados de ninguna especie, se ha defendido sola; no bien puede se dirige hacia la ciudad, se evade del agro comercializado y desnaturalizado en su esencia productiva y social para refugiarse en los *Cantegriles* de las orillas, para pedirle a la urbe solidaria lo que no obtuvo del campo egoísta.

Recapitulando. — La tenencia de la tierra, reflejo de la estructura económica de todo país e índice de sus limitaciones y posibilidades, revela en el Uruguay serios desajustes.

Pocos propietarios latifundistas; ausencia de la mediana propiedad; minifundio sin cultivo intensivo; amplio sector de arrendatarios; ausentismo de los grandes terratenientes; subproletarios refugiados en rancheríos sórdidos; intenso y liberador éxodo rural de las clases trabajadoras del campo, ya que no campesinas.

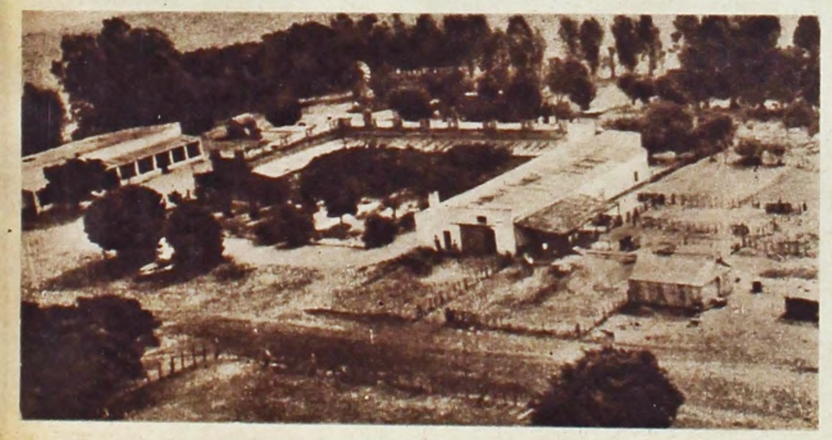
Y como fondo del escenario se dibujan un estilo colonialista de explotación de las riquezas básicas pese a la tecnología industrial de la estancia; una subestimación de los valores humanos que el capitalismo urbícola ha aprendido a respetar luego de la gran batalla sindical de este siglo; una mentalidad escueta, simplista, poco generosa y poco audaz, que superpone al tradicionalismo conservador prácticas de lucro masivo, razonamientos de vuelo de perdiz, ideas de provincianismo mercantilista.

Hoy se habla de muchas cosas pero apenas se oye mentar a la justicia social, a la Reforma Agraria. Esto hace sospechar que la anunciada austeridad se practicará hacia abajo y que al final de la jornada los ricos serán más ricos y los pobres serán más pobres.

Pero el vaticinio está más allá de nuestras intenciones y apunta hacia programas de acción política. En esta materia cada partido debe gobernar con sus ideas y sus hombres y el país ha de juzgar en el momento oportuno.

Daniel VIDART.

(Especial para EL DIA.)



La clásica casa de estancia en forma de U, con patio interior defendido por una verja. (Foto De Grandis).



El rancho destartalado y su huerto minúsculo, símbolos paisajísticos del proletariado rural. (Foto Finocchio).

Creta o el milagro



Los restos, parcialmente reconstruídos, del Palacio de Knossos. El laberinto con el emblema de los cuernos taurinos, en primer término; más lejos, el paisaje cretense.

CRETA (o Kriti) es una de las islas del Archipiélago Egeo, la más grande. Pero cuando, modernamente, uno se refiere a ella no atiende, de seguro, a sus aspectos geográficos. Ubicarla en un lugar del Mediterráneo, precisar dimensiones, fijar sus perfiles de paisaje o las características de sus ciudades o enumerar su población, todo ello es tan fácil como obviable para los intereses de nuestra imaginación ávida. Creta es, además y por encima de todo, el asiento del misterio. Y va constituyéndose de tal modo, en una referencia legendaria, que pocos viajeros actuales se le acercan para hollar sus pies en la vieja tierra, como si eso fuera, al fin, una profanación.

La isla está ligada a lo más importante de la mitología helena. Y va de cuento.

Hace una cantidad incontrolable de tiempo —quizás el acontecimiento tuvo lugar, precisamente, fuera del tiempo— Gea y Urano formaron, dentro del panteón heleno, la primera dinastía divina; pero como todos los hijos de esa pareja extraña y fecunda eran arrojados por el padre al abismo terrenal, Gea aleccionó a Cronos, uno de sus vástagos, para mutilar a Urano; así se hizo y Cronos ocupó el lugar preminente y vacante. La Madre Gea siguió procreando, pero su nuevo compañero, temeroso de un posible destino de impotencia, similar al que él mismo había provocado, devoraba a sus descendientes. La astuta y dolorida diosa discurrió otra solución: pronta a dar a luz un nuevo hijo, fue precisamente en Creta, adonde depositó al infante, presentando a Cronos una piedra envuelta en pañales con la que saciar su voracidad. El niño era Zeus; quizá lo amamantaron las ninfas del monte Dicte; quizá fue criado por las hijas de Meliso, rey de la isla; quizá la lactancia del diosecillo estuvo a cargo de la cabra Amaltea o, simplemente de una marrana; en este punto las tradiciones no están de acuerdo. Pero sí se está de acuerdo —al menos dentro de la relatividad que estas cosas admiten— en que Gea dispuso que los Coribantes —o Kuretes, que de ambas maneras se los designa— produjeran en el lugar, fuertes ruidos por medio de canciones y de danzas en las que intervenía, como elemento primordial, el entrechocar continuado de escudos; de esa manera se impedía que Cronos escuchara los vagidos de su sustraído pequeño. Andando el tiempo y habiendo llegado Zeus a ser mayor, logró que Metis, hija del Océano, hiciera beber al viejo progenitor un brebaje que le obligó a vomitar los hijos ingeridos; inmediatamente lo destronó y así quedó proclamado rey del cielo.

El buen dios se casó con Hera, su hermana, pero le fue infiel tantas veces como se le ocurrió, y se le ocurrió muchas aunque bien es cierto —y Homero lo testifica— que la mantuvo como es norma en primer plano de amor. De una de esas aventuras, la que hubo con Europa, hija del Fénix, nació Minos, quien fue, precisamente, rey de Creta y fundador de una dinastía. Su nieto, —o, quizá, hermano, por parte de padre— que llevó el mismo nombre, casó con Pasifae. Pero le hizo una mala jugada a su probable tío Poseidón —el Neptuno de los romanos—, ya que, habiéndole ofrecido el sacrificio de un maravilloso toro blanco surgido de las aguas, inmoló otro parecido para guardar con él al primero que le gustaba mucho. Poseidón logró que Pasifae se enamorara del animal mal obtenido y de esos amores nació un monstruo, el Minotauro, mitad hombre y mitad toro, que se alimentaba de carne humana y al que debióse de encerrar en un edificio de planta intrincadísima, levantado por el arquitecto Dédalo y que se conoció con el nombre de Laberinto. Nadie podía entrar allí sin perderse en los difíciles meandros de su trazado; e inevitablemente era devorado por el temido engendro.

El ateniense Teseo se propuso matarlo para liberar a su patria —ellos decían matria— del tributo por él impuesto. Ariadna, hija de Minos y Pasifae, enamorada de Teseo le dio la solución anhelada, proporcionándole un largo hilo que, tendido desde el acceso del laberinto, había de permitir al héroe encontrar la salida del recinto y cumplir, sin temor, su propósito.

Claro: Uds. conocen estas leyendas; al menos algo de ellas. Y son leyendas, nada más. De todos modos, ya nadie rinde culto a Zeus, padre del trueno y de algunas otras criaturas de más amena concepción; pero ¿quién puede dejar de pensar que, haya existido o no, fue un dios muy simpático, lleno de pasiones y pasioncillas como cualquier mortal? Lo cierto es que cuando se habla de él en pasado —como ahora— hay cierta resistencia interior a dar total crédito al tiempo de verbo. Y, al fin, los científicos van comprobando que, en esa actitud, no dejábamos de tener algo de razón. Porque, ya, las leyendas no son, en esencia, consejas caprichosas a tomar ligeramente. Casi todas las viejas tradiciones míticas tienen su significado comprobable.

Cuando hace unos pocos años, un tozudo alemán llamado Schliemann decidió creer en lo que decía Homero y se lanzó a hacer excavaciones, el valor del mito como do umento —la verdad del cuento— quedó comprobado. ¿Que no encontrara la Il n o Troya de la famosa guerra? Carecía de una técnica que otros habían de aplicar; pero la verdadera ciudad homérica fue ubicada. Y si nadie admite ahora que la tumba que, en la Argólida él atribuyera a Agamemnon, haya tenido realmente tan concreto destino, no es menos cierto que, a sus afanes se debe el descubrimiento de toda una cultura datable; valgan o no los nombres de Clitemnestra y de Orestes como seres históricos, ellos precisan una etapa de la historia. Y, hace unos meses apenas, el Dr. Papadimitriu, Conservador de Monumentos Antiguos de Grecia, partió del texto de Eurípides y halló la tumba de Ifigenia (ya no decimos, siquiera, que es presunta).

Pues bien: en Creta está el Laberinto; grandes cuernos lo decoran y el toro es efigie que se repite en el sitio, extrañamente. A partir de su hallazgo —y de otros hallazgos no menos importantes— la leyenda se transforma en realidad. La realidad será distinta a lo que el mito quiere, pero tiene con él puntos de contacto. Y, de todas maneras, el misterio rezuma en las científicas fases del estudio que sobre el pasado de la vieja tierra cretense se sigue realizando. Minos será el nombre de los reyes cretenses. No exactamente un apelativo, sino un título, una dignidad; algo similar a faraón o a César; en Creta gobernaban los Minos. El término servirá, asimismo, para fijar los períodos y toda la cultura, que

El llamado "Príncipe de las flores de lis", pintura al fresco, parcialmente en relieve, del Palacio de Cnosos, ubicada cerca del patio, al término del camino de las procesiones. Obsérvense las fantásticas características del atuendo.



Restos de la villa de Hagya Triada; zona del mercado.

se llamará minoica o minoana. No se hablará de un laberinto, porque no es tal y hay más de uno: se tratará de palacios y villas. En ellas no habrá habitado un monstruo y seguramente no hollaron sus solados los pies de Radamento ni los de Ida, hija de Coribas. Pero todos los nombres de la leyenda mantienen una imperativa vigencia, aunque se separen de los hechos físicos hasta ahora hallados. Y, como contrapartida, toda la civilización que debió habitar el sitio —palacios y ciudades descubiertas por el atinado esfuerzo de los arqueólogos— va rozando las condiciones inexplicables del milagro.

Los textos egipcios contemporáneos nos ayudan a entender algo de lo que allí ocurriera y de cómo se vivía. Muchos otros estudios los complementan pero los trabajos realizados hasta ahora para descifrar la escritura cretense —no obstante su avance, no obstante el reciente anuncio universal de que la hazaña estaba cumplida— no permiten todavía ahondar suficientemente en su conocimiento. Pero esos restos arquitectónicos y lo que en ellos se mantiene como decoración, sumado a otros objetos contemporáneos, incita al vuelo —a veces destemplado— de la imaginación. El deseo de mejor conocimiento es imperativo; poco, científicamente demostrable, admite ahondar con la amplitud de detalle que se quiere, en la materia. La aventura del pensamiento que parte de los escasos datos objetivos que se poseen, puede, también, descontrolarse. Y este prurito contagia hasta el punto de que, muchas veces, serios estudiosos del tema han llegado a fantasear hasta sobre lo que está ahí, a la vista y no admite más interpretación que la que su presencia misma determina.

Creta fue distinta a todas las civilizaciones antiguas; ya era diferente como asiento de una civilización. En tanto que los grandes núcleos humanos del pasado se desarrollaron en zonas de valles —agua rodeada de tierras— Creta es una isla: tierra rodeada de agua. La geografía, su economía particular y, seguramente, un impulso particular a la aventura que el griego posterior hubo de mantener —su héroe nacional era Odiseo— facilitaron la expansión marítima y el incremento de un tipo de imperialismo de carácter comercial. Minos fue rey del mar. Sus súbditos elaboraban el aceite y el vino y las vasijas que habían de contenerlos; pero también nuevos tipos de artesanías —otras y más exquisitas cerámicas, orfebrerías, metalurgia, tejidos, etc.—; todo ello fue tocado por la gracia.

Y la gracia es, sin duda, el signo de toda la labor cretense y lo que dispuso el amor por el lujo, por el juego, por los espectáculos; lo que confirma como válida la inesperada fantasía de sus atuendos, de sus tocados.

Hace tres mil quinientos años —y mucho antes, aún— los cretenses habían conocido el confort y tenían, quizá; el placer desinteresado por las formas artísticas.

Y gozar del confort no es poca cosa si uno recuerda que eso adviene como ingrediente muy actual en la vida del hombre. Conocieron sin duda la calefacción por tuberías; parece muy arriesgado aceptar —como algunos afirman, precipitadamente y en la euforia imaginativa que los restos arquitectónicos permiten— que contaran con ascensor para sus grandes edificios en varios pisos; pero si esto debe ser falso, no lo es que la reina de Cnossos tuviera más comodidades que María Antonieta en Versailles; en el boudoir del departamento a ella destinado quedan los claros restos de un retrete, separado del resto por puerta y muros dobles, aislantes, y toda la instalación subterránea de cañerías tiene la complejidad de los servicios similares que hoy nos son imprescindibles, incluyendo la utilización de sifones. En cuanto al trono del rey del mar, nada más sobrio y hermoso pero, también, menos expectable. Un asiento de piedra, casi a ras del suelo, en una habitación pequeña y exquisitamente decorada con pinturas; el asiento limitado por curvas como adorno y como caracterización; su configuración, la de una silla de estructura anatómica de hoy día. Usted puede sentarse en ella —nada del orden de lo imponente lo rechaza para ello— y se sentirá realmente cómodo; no ocurrirá lo mismo con otra clase de tronos, de otras partes del mundo y de otras edades.

Las estatuillas y, sobre todo, las pinturas y relieves pintados que de esa época nos quedan, tienen el fuerte interés de su presencia como objetos artísticos, pero también nos ayudan a comprender la imagen externa de mundo tan insólito. Es por ellas que confirmamos lo extraño del aderezo que lucían hombres y mujeres; trajes de diseño libre, productos de una imaginación fuertemente teatral; tocados con ricas plumas; joyas de increíble riqueza. A través de su información llegamos sin esfuerzo a poblar a aquellos lugares y sentir la algarabía de las reuniones para el teatro, para los deportes, para los juegos; pero también la fuerza del rito solemne, del poder de la magia rigiendo esa existencia que, por contraste, pareciera gozar con apuro del placer pasajero y del pasatiempo. Se dice que tenían corridas de toros, que gustaban del boxeo y del ajedrez. Todo eso es producto de imaginación desatada, pero, como siempre, parte de una verdad. Hubo todo un ritual con el toro; existió una especie de lucha libre y el museo de Iraklion conserva un extraño tablero en cerámica con círculos y bandas decoradas, en negro, blanco y azul al que acompañan algunos peones, que indudablemente correspondieron a un juego de ingenio, simillar a esos llamados juegos de mesa tan difundidos actualmente, pero que no es posible designar con el nombre de ajedrez, si se quiere ser justo. Ya es bastante con que todo eso sea lo que es y que nos permita relación, a través de tanto tiempo, con mundo tan singular.

*

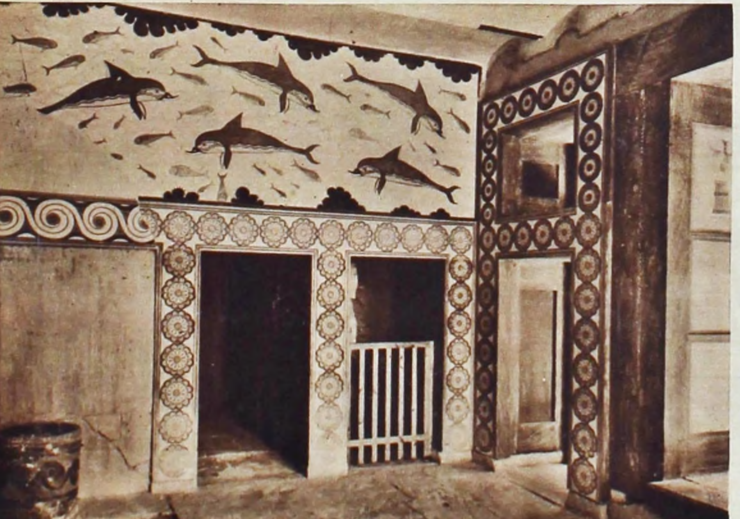
Cuando se desembarca en Creta, ansioso de más directa vinculación con los restos físicos de esa estupenda civilización, se llega nutrido de lecturas, ansioso de comprobaciones novelescas, con inquietud distinta de aquella que lleva a un museo, aun el más pródigo. La realidad, que también corta algunas de esas alas atrevidas, es no obstante más hermosa e inquietante que la misma mitología. Pero del resultado habido en esas visitas a los palacios cretenses hablaremos en una próxima nota.

Fernando **GARCIA ESTEBAN**

(Especial para EL DIA)



Estatuilla en cerámica representando la diosa de las serpientes; ilustra muy claramente sobre las características del vestido femenino; su diseño se encuentra, además, en varias pinturas.



El departamento de la Reina en el Palacio de Knossos.



La sala del trono, en Knossos.

LA DECORACION MURAL EN EL PALACIO LEG

LA sede de nuestro Poder Legislativo, como toda obra arquitectónica de semejante mole y jerarquía, es obra lenta que con el correr de los años se va completando y enriqueciendo; el estar habilitada para funcionar no significa que esté terminada como edificio pues en ella hay detalles arquitectónicos para ultimar, ornamentación sin ejecutar, amueblamiento, alfombrado y tapicería sin realizar. Todo esto crea esa sensación de petrificada frialdad que encontramos en muchos ambientes del Palacio; ella irá perdiéndose a medida que se vistan esos ambientes con sus correspondientes cortinados (tal vez sea ésta la falta más sensible), muebles, tapices, ornamentos.

Con nuestro monumento se produce una extraña paradoja: es joven por edad pero está sin embargo largamente alejado de la sensibilidad actual; las dos grandes guerras de este siglo, la evolución social de las últimas décadas, han abierto trincheras tan profundas que hemos sido irremediablemente separados de aquella *belle-époque* de la cual nuestro palacio es un último fruto. Y esto no va en detrimento de su valorización sino por el contrario aumenta su interés.

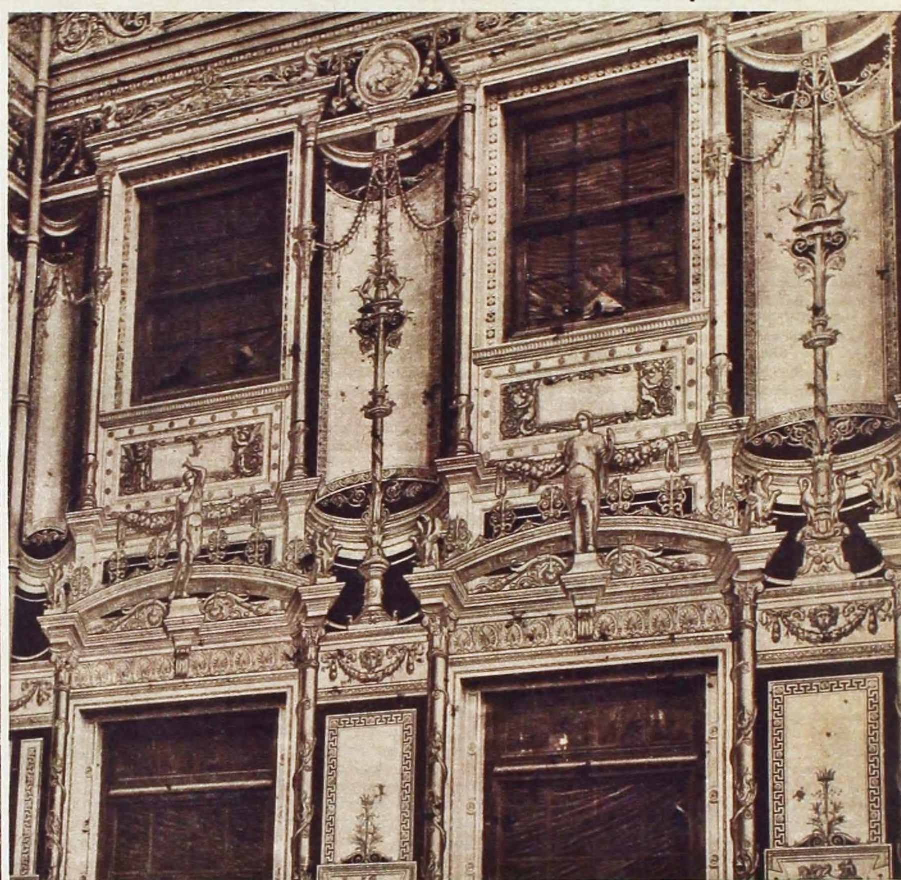
Dos cosas hay que observar — casi diría lamentar — una, que la falta de recursos no permitió en un plazo breve (sobre todo en el tiempo de su mayor efervescencia constructiva) intensificar su decoración mural que habría creado un clima de más suntuosidad y también de más unidad y segundo, el desconocimiento — o la no práctica — en nuestro medio de la pintura al fresco.

La pintura al fresco o afresco (procedimiento por el cual los colores quedan fijados en el muro por una sutil película de carbonato de calcio producido por el contacto del anhídrido carbónico del aire con la cal contenida en el revoque húmedo) puede decirse que se conoce en nuestro país desde hace relativamente muy pocos años. Fue por esto que cuando llegó el momento de decorar los grandes paramentos que para ello creara el arquitecto, no se pudo realizar en esa técnica que como ninguna se incorpora al edificio, como ninguna tiene un nerviosismo que más que ninguna refleja el momento circundante y ambiental de su nacimiento. La pintura al afresco es por excelencia la gran pintura colectiva, la que mejor puede expresar el anhelo, las luchas y las glorias de una sociedad. Hubo entonces que recurrir al artificio — dicho sin sentido despectivo — de pintar los temas requeridos sobre telas que luego eran aplicadas a los muros que se quería decorar.

En 1924 se nombra una comisión con el cometido de fijar argumentos y señalar artistas para las grandes decoraciones del Palacio. Tres nombres surgen en ese momento: Pedro Blanes Viale, Vicente Puig y Manuel Rosé. Este último pinta para el Vestíbulo de Honor el cuadro "Artigas en el sitio de Montevideo". Vicente Puig no llega a realizar sus proyectos y es reemplazado por Fernando Laroche quien ejecuta para el testero de la Cámara de Diputados la tela que representa el encuentro de Artigas y Rondeau en el primer sitio de Montevideo. Durante mucho tiempo se había proyectado colocar en este lugar — mucho más en consonancia



José Luis Zorrilla de San Martín. "Brigadier General Dn. Juan Antonio Lavalleja". Oleo. Salón de Fiestas.



A. Albertazzi. Detalle de la ornamentación de uno de los patios. Esgrafiado



Juan Buffa, "Las ciencias". Mosaico. Salón de los Pasos Perdidos



Manuel Rosé. "La batalla de Las Pie

EGISLATIVO

tido idos los el ar- Pa- nto: uel bulo de eali- Fer- tero re- leau nte ocar ncia

con ese recinto — una escena evocadora del Congreso del año 13.

Pedro Blanes Viale, también para el Vestíbulo de Honor, pinta su célebre cuadro "La Jura de la Constitución". Esta obra quedó sin terminar; el 3 de noviembre de 1925, Blanes Viale solicitaba prórroga del plazo que tenía para entregar la obra pues por motivos de salud debía trasladarse a Europa. De allá volvió a la Patria para morir dejando inacabada esta tela que es indudablemente el cuadro de más aliento y más alta jerarquía que se conserva en el Palacio Legislativo. En el mismo Vestíbulo otras dos obras de M. Rosé ("El primer surco" y una alegoría de la conquista) completan la decoración pictórica del mismo.

En el salón de los Pasos Perdidos existen dos mosaicos que lamentablemente no logran alcanzar aquel alto nivel de emoción estética que permite este procedimiento de decoración mural (composición de un cuadro u ornamentación por medio de pequeños sólidos de piedra natural, de cerámica o pasta vítrea, diversamente coloreados y sujetados al muro por medio de cemento). Son estos mosaicos los dos cuadros que cubren los medios puntos que cierran la bóveda del salón; el uno representa las ciencias y el otro las artes. Su autor es el artista italiano Juan Buffa (1871), pintor de quien se conservan numerosas obras en Italia y en el extranjero (creaciones de él en el Duomo y en la Ambrosiana de Milán; de él también los mosaicos del Museo de Arte de Lima).

Los cuatro patios del Palacio tienen sus muros cubiertos por una decoración en el tercer estilo pompeyano creada por A. Albertazzi imitando la técnica del esgrafiado.

Estas son las obras murales que se encuentran realizadas en el Palacio; entre las obras a ejecutar cuéntase la decoración de los paramentos de la Sala de Fiesta; hoy en ella se exhiben telas de Blanes Viale ("El Congreso del año 1813"), de Manuel Rosé ("La batalla de Las Piedras", "General Rivera" y "General Oribe") y de José Luis Zorrilla de San Martín ("General Rivera" y "General Lavalleja").

Podríamos decir — *mutatis mutandis* — con Licinio que las estatuas que se encuentran en el Gimnasio todas representan abogados y las del Foro, discóbolos, corredores y jugadores de pelota. (Vitruvio "De Architectura", Libro VII).

Indudablemente no puede pensarse que la presencia de tanto cuadro castrense pueda crear la atmósfera de una sala de fiestas; sus muros reclaman el afresco con una evocación trascendente de la realidad — actual o pasada — dicha en un lenguaje que no traicione el sentimiento ni la emoción del momento de su creación.

El arte mural casi desterrado después de la primera guerra en nombre de una desnudez arquitectónica racionalista que había desterrado el elemento figurativo y la ornamentación ha vuelto a renacer muy rápidamente.

Hoy en todas partes del mundo, en el interior del habitáculo o en el luciente de sus fachadas, grandes composiciones al afresco van documentando la vida actual, la evolución, los ideales, los sufrimientos, las conquistas, las fantasías de estas generaciones; ejemplo grande de ello da México en América.

No ha de estar lejano el día en que como una necesidad de expresión colectiva los muros desnudos del Palacio Legislativo reciban la vibración fuerte y pujante de nuestra colectividad que se expresará por la emoción de sus artistas; para ello tal vez no falta más que una invitación a hacerlo o la pequeña palabra dejada caer como un guijarro en las quietas aguas de un lago dormido.

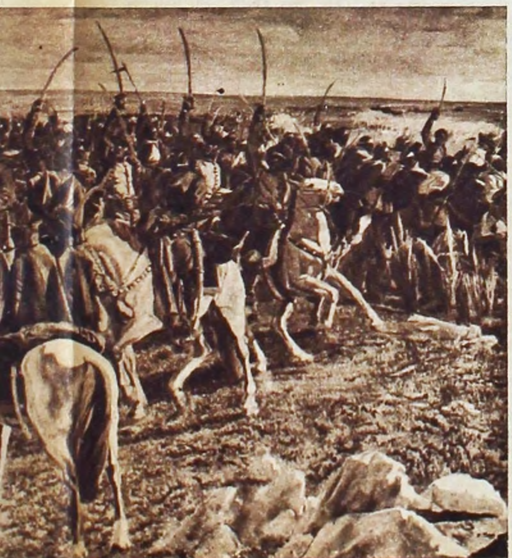
Luis **BAUSERO**

(Especial para EL DIA)



Pedro Blanes Viale. "La Jura de la Constitución de 1830".

NOTA: En el artículo sobre las esculturas del frente del Palacio (8 de marzo de 1959) al nombrar al escultor Pasquino Bacci hemos hecho equivocando la grafía del mismo (Bassi por Bacci), gustosos hacemos la salvedad.



Las Piedras". Oleo, Salón de Fiestas.



Juan Buffa. "Las artes". Mosaico. Salón de los Pasos Perdidos

ÑA ZANZIBAR

Mi amigo, médico, muerto hace tres años, me confió lo siguiente: (era una tarde helada, llovía, habíamos vaciado una botella de caña de Santo Antonio. Estábamos envueltos en sendos ponchos patrias. Por el gran ventanal se veía el campo ensombrecido. Este gran amigo que he nombrado ya estaba condenado por el cáncer, él lo sabía; había ido a la estancia de sus padres "a terminar mirando las lejanías del pago donde he nacido...")

—Mirá — me dijo — te voy a decir puntualmente el real fondo de la extraña vida de Ña Zanzíbar, de quien, en cincuenta leguas a la redonda, aún palpitan sus mentas. A nadie lo he revelado... Encierra, a mi ver, una verdad tan grande y un repudio tan justificado respecto al hombre blanco que yo, como blanco, siempre sentí cierto temor y cierto rubor cuando me dispuse a correr el velo de aquella original existencia. ¿Te acordás aquella vez que fuimos a verla con el fin de negar su saber y reirnos de quienes la habían envuelto en el inmenso prestigio que tenía? Eramos mozos... Después me doctoré, pasó el tiempo, nos encontrábamos a veces. Este verano que pasó, cansado, agobiado, ya con el puñal hundido en el estómago, me vine a pasar aquí unos días. Cierto amanecer llegó montando el petiso bichoco de la curandera la negra Zelmira que hacía algún tiempo la atendía. Dijo que Ña Zanzíbar estaba muriendo. Monté a caballo, marché al rancho que estaba donde tú lo viste, sobre la costa del Ceibal Chico, en nuestro campo. Allí está todavía hecho tapera, pero irradiando aún la satánica fama de Ña Zanzíbar. Llegué. La negra, tendría casi cien años, estaba hundida en un sillón grande, medio desaparecida en unos rebozos tan viejos como ella, envuelto el cuello en una bayeta de poncho ya oscurecido su rojo por el tiempo. Sus pies enormes, descalzos, y sus ojos que eran dos puntos, — ya dos gotas de leche, ya dos chispas de brasa —, eran lo único que de ella resaltaba, aparte del moterío blanco como vellón. Entré en el sombrío ambiente. Zelmira habló:

—Ña, es el hijo del patrón, el dotor, que la viene a ver.

Ña Zanzíbar sin moverse levantó su mirar y lo clavó en el mío. Hubo un largo silencio. Luego la voz de ella, bronca, como salida de una caverna, sonó, espaciadas sus palabras pero claras:

—Dame caña, haceme un cigarro.

Zelmira llevó un vasito a su boca; después envolvió tabaco en una chala, lo arrimó a un brasero que humeaba, chupó, y lo dejó colgado en la jeta de la anciana. Yo hablé:

—Ña Zanzíbar: no vengo a verla como doctor sino como amigo...

La pieza, grande y oscura era un sórdido museo: cueros de víboras, rollos de yuyos, pezuñas, herraduras, latas, frascos, tres o cuatro aves muertas, secas ya, caparazones de tatú, colas de lagarto casi momificadas, ¡qué se yo! Y haciendo un violento contraste con toda esa hedionda inmovilidad dos lechuzas nuevas, vivísimas, cuyos grandes ojos destellaban luces cambiantes; y una gata con cuatro hijos, elásticos como pelotas, retozando en un rincón.

Después de otro silencio, casi angustioso, cayó el cigarro de la vieja. Zelmira lo recogió de entre los trapos, lo apagó. Entonces Ña Zanzíbar tosió un poco y comenzó a hablar:

—¿Vos sos el Quito?

—Sí, señora.

—¿Has curao mucha gente?

—Sí, señora... pero he muerto algunos.

—¡Ah... Sentate.

Zelmira arrimó un banco, y quedamos frente a frente con la anciana.

—Me estoy muriendo — siguió ella — mañana nomás ya haberé dentrao ande tuitos han dentrao, ande seguirán dentrando tuitos por más desespero y juerza que pongan pa zafarle el bulto a la puerta. Vos has matao algunos, decís, yo he tratao de matar a tuitos... no siendo negros. Zelmira, acomodame esta bayeta, dame otra caña.



La morena joven ajustó el trapo y sirvió otro vasito. El mirar de la vieja se hizo más intenso. Siguió:

—Yo era chica, nacida en este pago, en unos ranchos que levantaron tus mayores. Tata Zanziba, que servía en la estancia, nos reunía a mi madre y a nosotros a veces, cuando era invierno y llovía. Teníamos una jaulita pa vivir. Y nos contaba cosas de su raza: el agüelo de él había sido esclavo. El agüelo de él le había dicho cómo lo acoyararon con otros allí, lejos, en Africa, y el camino que habían hecho hasta la costa. Morían las mujeres, los hombres, los gurisitos, y los iban dejando sin cruces, pa los bichos. Habían vivido en paz, golpiando tambores, cazando pa comer, cuidando los hijos. Aura venían llorando, sin saber porqué les hacían eso. Abrían los ojos, grandotes, y miraban, na más. Y dispués, en el buque ande seguía el infierno, el agüelo de Tata Zanziba vio tirar mucho negro al agua, entodavía vivos. Y los blancos se asomaban a la varenda pa reirse de los gritos que daban, de la cara que ponían. ¡Los blancos!

Calló un instante la curandera, cerró los ojos. Luego siguió:

—El agüelo se ajuntó con otra de su raza, tuvo hijos. Dispués murió, viejo, diciendo a tuitas horas: Zanziba, Zanziba... De áhi nos vino el apelativo. Tata nos contaba tuito eso, y mucho más, que me jué dentrando como unto en el cuero... Mi tata era güen yuyero. Me jué enseñando algunas artes. Un día, yo lavaba la ropa de unos carreros que habían acampao junto al paso, uno de los tales le dentró el facón a otro. Yo me arrimé al hombre, pedí pa atenderlo y lo curé. A la güelta de veinte días estaba pronto pa otra. De áhi comencé a ajuntar fama porque el hombre había desparramao las tripas sobre el pasto y las tripas estaban rajadas. No pasó mucho tiempo que comenzó a sonar Ña Zanziba que curaba, santiguaba, vencía y ajoaba... pero yo sabía que no era yo, que no era mi poder el que hacía tuito esto sino el miedo o la fe que en yo se ponía... Tu agüelo me dio permiso pa levantar este rancho, a él me vine, me conseguí una lechuza, y comencé a embrujar el pago. Claro es que hay yuyos que alivean un mal, yo los conozco hoja por hoja, vara por vara, ráiz por ráiz... Decime una cosa, ¿qué ventaja me llevás con tu cencia? Tenés que poner un vidrio entre el sobaco pa conocer un febriciente; yo le sé el calor sin vidrio. Les mandás bolitas en frascos y yo yerbas en tisanas. Una vez le saqué una solitaria a un viviente que los dotores lo trataban como tísico. Lo tenían tísico ellos, a jeringa; yo le saqué el mal con tres tomas de la semilla amarga...

Se reconcentró la anciana. Y continuó:

—Pero en lo que yo jui rial y verdadera jué como bruja, menta que la agarré de güen modo porque totalmente me servía pa mucho. ¡Cuanta mujer engüelta en seda me vino a gemir, cuanto hombre con cinto hinchao de oro me vino a pedir! Y ahí, con esos, blancos y ricos, jué ande comencé a vengar mi raza. A aquel pobre carrero lo curé porque me pareció otro esclavo, y como a él a tuitos los que pude. Pero cuando me cáia algún finchao lo jundía poco a poco. Que aquella quería ligar al novio, que éste quería enfiebrar a una moza. Que el otro codiciaba unas cuadras de tierra, y el de más allá un cinto en la carpeta... Y una que menestaba ajoar a otra, y la otra que menestaba alucinar a ésta. Y venían, y se iban, y volvían a venir, con los ojos ajuera y las lenguas secas; y pedían, y daban, y clamaban. Y yo les iba preparando aguasantas, y polvos, y ligazones, tratando de que tuitos se jueran consumiendo. ¡Y sabían leer y escrebir; llegaban en carruajes con cochero, o en montas de lujo, enjoyaos y perfumaos! ¿Di ande les cáia tanta ruindá? Yo los sentaba áhi, ande aura estás vos, les iba hablando en letanías y dándoles tomas que eran venenos; y ellos me miraban, miraban las lechuzas, los cueros de las cruceras, sin sentir el mal que les iba dentrando. Y se iban lunáticos, y volvían, y yo les iba secando la vida. Una vez vino un comisario a averiguarme una custión. Y yo lo senté en ese banco; y le recé mis letanías, miró las lechuzas, los cueros y las guampas, y dentró a respetarme. ¡Ah, che Quito, el hombre blanco esclavizó a mucho negro; pero el más esclavo que tiene es él mesmo! Yo los he visto en trance de muerte clamando por la vida y me réia del poco saber que tienen pa no ver que la muerte es tan legal como la vida...

Inesperadamente Ña Zanzíbar, cambiando bruscamente el acento y el modo expresó:

—¡Pero estás ético, Quito! Un mal projundo te está royendo la entraña, ni mis yuyos ni tu cencia han de valer pa él, mirá lo que semos... Andate y disponete a morir sin miedo de morir, como viá morir yo. La muerte es güena, Quito, tan güena como la vida, si no es mejor...

Una hora después Ña Zanzíbar expiró. Se fue como el sol en un cielo limpio: serenamente.

Calló un momento mi amigo y terminó:

—Aquella vieja era una fuerza de la naturaleza y también un dignísimo ser humano. Hizo el bien donde le pareció que debía hacerlo, actuó como vengadora de su raza, en lo que pudo; diagnosticó mi mal con asombrosa exactitud, y me dio la conformidad que necesitaba para morir en paz. Tenía que decir esto a alguien y a vos te lo digo, sin miedo y sin rubor...

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE BRASILIA



Vista aérea de la zona denominada "núcleo bandeirante", a pocos kilómetros de la futura capital. Como puede apreciarse, no hay otra "selva" que el cordón boscoso que bordea a un arroyo próximo, a la izquierda.

LA exactitud es indispensable a la buena salud de la verdad. Podría decirse que la inexactitud no mata a la verdad, pero la enferma más o menos seriamente, con el agravante de que ésta suele seguir conservando su aspecto lozano. Comentando ciertos textos escolares de su tiempo, acotaba Rafael Barret: "Si decimos que la tierra es una esfera ligeramente aplanada en sus polos, cometemos una tremenda inexactitud que insuflará en las mentes infantiles un concepto falso, pues una esfera achatada deja de ser esfera. Mejor sería enseñarles que la tierra es redonda, a riesgo de que los niños lo aprendan en seguida..."

El mismo Batlle, siempre apegado a la más rigurosa lógica, sentenciaba que "una verdad a medias suele ser el peor enemigo de la verdad", comprobación que pudo hacer a menudo, porque esta tramposa omisión figura entre los recursos dialécticos de ciertos políticos cuando no los acompaña la razón. Es en defensa de la exactitud sin ánimo de rectificaciones suficientes, sino más bien de colaboración, que vamos a establecer algunas precisiones sobre determinados puntos de la nota aparecida en el Nº 1366 de este Suplemento y que se titula "Brasilia. ciudad de las selvas y capital del siglo XXI".

o

Reza el párrafo inicial de dicha crónica: "En 1960 Brasil tendrá ocasión de demostrar una vez más al mundo lo que su cultura, tesón por el trabajo y firme decisión es capaz de lograr, cuando la capital de la República sea mudada físicamente desde Río de Janeiro a Brasilia, *en el mismo corazón de la selva*."

Los conceptos vertidos en esta oración nos merecen dos observaciones. Cuando se dice que la capital será mudada "físicamente" a Brasilia, surge en el lector la sensación de que espiritualmente la capital, aun despues de trasladado el gobierno a la nueva ciudad, seguirá siendo Río de Janeiro. Esto es probable, pero no es demostrable. Puede preverse que durante un tiempo, por lógica fuerza de inercia, la gente brasileña y la que no lo es, siga considerando a la "cidade maravilhosa" como la gran metrópoli no destronada. El prestigio turístico de Río de Janeiro no ha de esfumarse nunca, por el simple hecho de no ser más la sede del gobierno nacional, lo que no es lo mismo que dar a Brasilia la incumbencia puramente "física" de capital de la federación. Son matices, pero matices importantes, desde que pueden inducir a serios errores, pues estamos seguros de que el espíritu nacional del Brasil ha de identificarse plenamente con la nueva capital.

o

Lo de que Brasilia está "en el mismo corazón de la selva" impone una aclaración no menos radical y especialmente necesaria para los lectores uruguayos, que no conocen aquellos parajes y pueden adquirir una creencia equivocada respecto a los mismos. La afirmación transcripta supone que la futura capital está ubicada en medio del "mato", rodeada por la lujuriosa floresta tropical, como lo están, por ejemplo, Manaos y Belem do Pará. Si esto es lo que se ha querido decir, la información está completamente apartada de la realidad. Ni Brasilia se levanta "en el mismo corazón de la selva", ni pueden encontrarse selvas, propiamente dichas, sino a centenares de kilómetros de distancia.

Estamos personalmente habilitados para proporcionar precisiones sobre este punto, pues por una gentil deferencia del Presidente Kubitscheck, visitamos Brasilia en agosto de 1957. Desde el avión que nos transportó pudimos observar la naturaleza del terreno a lo largo del viaje. Después de trasponer la Serra do Mar, ésta sí casi totalmente cubierta de gigantesca vegetación, el aspecto topográfico cambia totalmente y es relativamente uniforme. La tierra se ve como "arrugada" por sierras tapizadas por un pasto verde-amarillo y por cuyas cimas, de tarde en tarde, se destaca el dibujo de primitivos caminos trazados por los escasos habitantes de la dilatada y desolada región. Sólo en los valles o en las quebradas que forman los cerros, generalmente junto a ríos o arroyos, aparecen núcleos boscosos más o menos extensos, pero que no llegan en ningún caso a configurar 'selvas', en el concepto corriente de esta palabra. Grupos raleados de palmeras agregan el adorno de su esbeltez a algunas cumbres y laderas.

En medio de ese mapa topográfico se encuentra Brasilia. Toda la población arbórea se yergue a lo largo de algunos arroyuelos que corren en la zona, uno de los cuales está siendo embalsado en estos momentos para formar el gran lago que dará marco acuático a la ciudad por tres lados. En cualquier dirección que se tienda la vista, lo que se divisa son elevaciones mondas y lirondas. ¿Dónde está, pues la "ciudad de las selvas" a que alude el artículo que comentamos?

o

La fidelidad a la exactitud nos obliga a examinar este otro párrafo: "Un ejército de 25.000 obreros... trabaja 24 horas del día en las entrañas de una tierra que es tan roja como la sangre misma."

Suponemos que la belleza de la figura literaria, de la que no quiso prescindir, indujo al articulista a incurrir en una exageración sin duda involuntaria. La tierra de Brasilia está muy lejos de ser roja. El símil podía haber sido aplicado con mucho más acierto refiriéndose a la capa terráquea de San Pablo y aún de Porto Alegre. No nos corresponde analizar las razones geológicas de esta diferencia, pero es lo cierto que en la región de la nueva capital la tierra es amarillenta, con tonos ligeramente anaranjados en algunos sitios y casi blancos en otros.

Otro detalle: según todos los datos oficiales publicados hasta la fecha, Brasilia está a mil cien metros sobre el nivel del mar, y no a mil metros, como se consigna en la nota que estamos glosando.

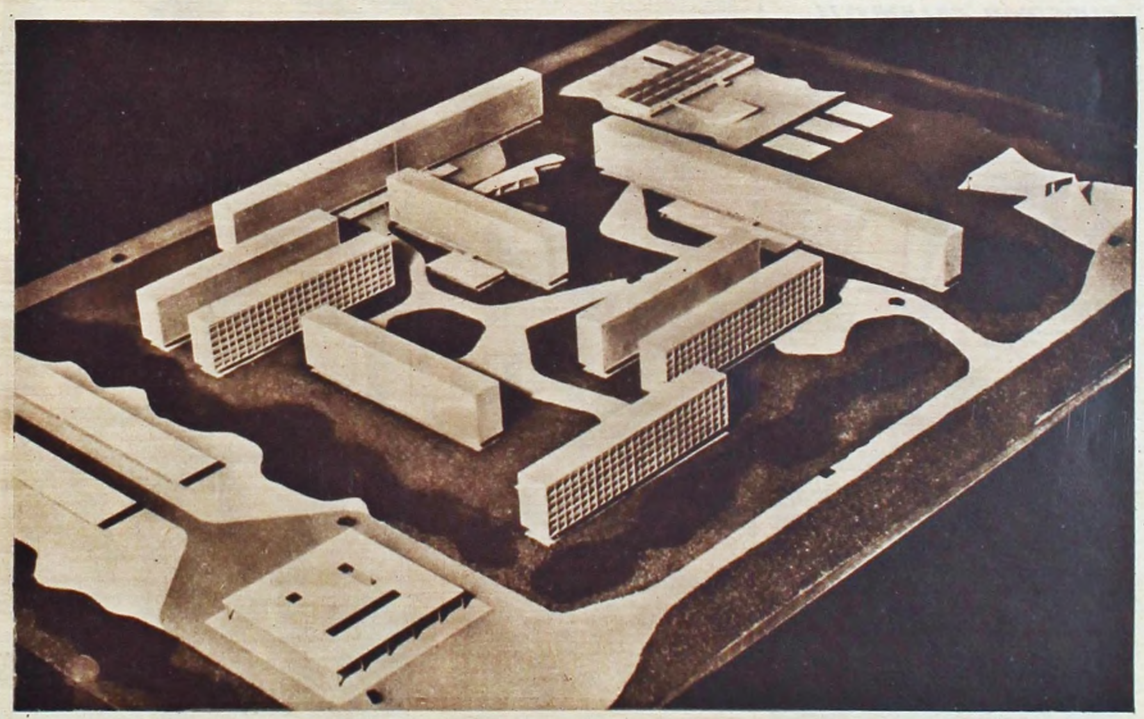
o

En la parte conceptual del artículo respecto a la estructura arquitectónica que adquirirá la futura capital del Brasil todas las posiciones son aceptables y sólo el tiempo permitirá dar un fallo definitivo. Oscar Niemeyer, al proyectar una obra de tanta trascendencia en todo sentido, ha tenido el coraje de desdeñar altivamente la tradición arquitectónica de su país y puede ser que con ello esté interpretando la sensibilidad nacional del porvenir. Puede ocurrir también que su futurismo, aplicado a esta construcción que por razones obvias debe reflejar valores característicos de una colectividad, no llegue a conquistar el alma brasileña ni la aprobación de los visitantes. Admitamos que el coraje de romper con la tradición constituye un mérito, pero nada autoriza a descontar de antemano que sea un acierto, por reconocido que sea el talento —y lo es— que da impulso a la empresa.

Pero esto ya entra en el campo de las apreciaciones personales. Nos interesaba particularmente desvanecer la idea de que Brasilia es "la ciudad de las selvas", porque dejando en pie este concepto erróneo, muchos compatriotas podrían abstenerse de visitar el delicioso lugar, temerosos de encontrarse con todas las calamidades que la selva tropical cobija. No hay nada de eso. Por el contrario, a quienes estén en condiciones de hacerlo, les recomendamos sin reservas hacer este paseo, que para nosotros resultó inolvidable.

Ramón I. ALVAREZ.

(Especial para EL DIA.)



Maqueta de lo que será un barrio de departamentos de Brasilia. Podrá ser, esta concepción arquitectónica, una anticipación de la sensibilidad del futuro, pero por lo pronto sorprende y desconcierta.

ROMA, ESPEJO DE LOS SIGLOS



Vista de Roma desde el Pincio.

Publicamos hoy una sugestiva página de Jean Aristeguieta, poeta y prosista venezolana de interesante personalidad, que es además codirectora, junto con la escritora Conie Lobell, de la difundida revista poética "Lírica Hispana", generoso vocero, desde hace quince años, de los valores poéticos universales.





El Coliseo.

VOLANDO al atardecer sobre Roma experimentaba una sensación imposible de descifrar en todo su esplendor, un esplendor severo, gozoso por su parte de triunfo intemporal. Era el verano. La Ciudad Eterna palpitaba de signos nítidos. Mientras tanto el avión describía un prolongado círculo sobre el Coliseo, suerte de emancipado fulgor y brisa de melancolía.

Al internarse por las arterias de la vieja Roma la imaginación no precisa ya de ningún asidero para creerse entre ensueño y tenacidad del delirio. Así fue aquella noche de finales de julio, descorriendo las oscilaciones de una realidad frenética y dulce, grandiosa y sencilla.

Roma nocturna por la primera vez en los ojos y en el corazón. Roma con su aroma de adelfas y pinos, con su temblor milenario de urbe, con su cántico en las aguas de la plaza de la ninfa Esedra, primera fuente que aparecía.

Sin dormir (como si la fatiga estuviera ilesa en el laberinto de la materia) y palpando seres que se han entrevisto en la fantasía, avanzó la primera noche romana. Vislumbradas bacantes, hierbas del sueño por entre inscripciones latinas, amarantos de la belleza marmórea. Y todavía más. Las cúpulas, los jardines, las flautas de la Domus Aurea, el azul mediterráneo del cielo. Y luego surgían las tumbas del período heroico, ¿en dónde desataban sus ecos bajo el aliento de la tierra? Y los rumores de la ciudad nocturna y vigilante de su propia majestad.

Amaneció un ambiente apacible. Ahora había resplandores de narcisos, de acantos,

El Foro Romano, El Palatino y el Celio, vistos desde avión

de mosaicos, de frisos y laureles. Las campanas cristianas daban sus sonidos flamígeros. El aire de la ciudad casi vibraba con la presencia de sus mujeres de una belleza clásica, algunas parecían la encarnación perfecta de la Medusa adormecida, otras eran como la Juno, matrona de rostro seductor, otras esparcían sus cabellos a la manera de las siempre jóvenes Vestales habitantes de su mansión por los contornos del Foro.

La iluminación del día fue derramando gracia, alegría, musicalidad y dulzura. Roma se había vuelto fresca, con ráfaga de campiña, era espuma de vino, agitación mundana, mandolina que cautivaba en un rumor de canción muy suave.

Abría de nuevo sus alas el tiempo. Volvía la noción de la cultura arcaica de la Roma purpúrea de los emperadores, de la Roma violeta del patrimonio helénico, de la Roma exaltada por la orfebrería del Renacimiento, de la Roma pálida en el martirio de los primeros cristianos. Había la insistente llamarada de los siglos sobre el cuerpo de Roma. Ya el día entregaba su ópalo de misteriosa hermosura: era el caballo de Marco Aurelio, era el templo de la Victoria por los alrededores del Panteón, era esa incitante bandera de los siglos.

El vermut y la melodía del idioma italiano entregaban la luminosa esperanza de la mañana. Las ruinas ilustres, los tonos ocres de los palacios, la columna de Trajano, los arcos de Tito y de Constantino, los coches arcaicos atravesando las calles, todo comunicaba el sello de lo revivido e invicto.

Llegaba la tarde con sus arreboles por encima de las terrazas del Pincio, se expandía el perfume de las rosas de Roma, se aventuraban las visiones por entre Paulina Bonaparte y las Afroditas del Museo de las Termas. Pero el torbellino no cesaba. Roma mostraba sus tesoros de arqueología, la mole del castillo de San Angel, la arquitectura de San Pedro. Y ya dentro del sagrado recinto, oh caudal de la sabiduría creadora, el Juicio Final, las Sibilas, las Estancias de Rafael, el hálito renacentista. ¿Cómo se puede hacer un inventario de tanta opulencia estética?

Mejor era vagar por los extramuros, contemplar largamente al Tíber, arrojar monedas a la fuente de Trevi, quedarse inmóvil frente a la villa Borghese, caminar por las colinas (una de ellas, el Monte Sacro, donde Bolívar juró la libertad de nuestra América), tomar tréboles y mirtos de lo que queda de la antigua casa de Livia, besar la tierra de la Vía Appia, contener el aliento en la soledad del Coliseo, volver al Capitolio, escuchar óperas en las impresionantes Termas de Caracalla, sollozar en la Mamertina en donde estuvo preso San Pedro, en donde padeció la sed física aliviada posteriormente por el milagro.

Roma ya carecía de alba, de mediodía, de noche. Era un todo en su germinal fuerza de tiempo. Era tentación de estatua —Afrodita de Cirene—, era himno de religiosa misericordia, era arte en sus aspectos más variados, ya etrusco, ya griego, ya romano imperial, ya romano republicano, ya egipcio, ya bizantino, ya papal, ya predestinada heredad de la existencia.

Jean ARISTEGUIETA

(Especial para **EL DIA**)



Palatino. Estadio de Domiciano.



JOSE NAJURIETA. Argentino. 1er. Premio Gurupa y 2º Premio Internacional Pelo.



LUIS DOMINGUEZ. Uruguayo. — 1er. Premio. Bastos.



ALTIVAR QUESADA. Uruguayo. 1er. Premio. Bastos.



PABLO TECHERA CARDOZO. Uruguayo 1er. Premio Internacional. Pelo.



RUBEN STANLEY DUPRE. Uruguayo. 3er. Premio Nacional. Bastos.

FALLO DEL JURADO DE LA SEMANA CRIOLLA 1959

Finalizada la etapa de doma de potros realizada durante la "Semana Criolla" en el predio de La Rural, en el Prado, se expidió el Jurado que entendió en la distribución de premios, adjudicados a los concursantes cuyas fotografías publicamos.



RODOLFO BARRIOS. Argentino. 3er. Premio. Gurupa.



CANDIDO MORALES. 1er. Premio Nacional. Pelo.



LUIS COLMAN. Uruguayo. 2º Premio Nacional. Pelo.



OSCAR BUIDE. Argentino. 2º premio. Gurupa.



EMILIO I. CEDRES. Uruguayo. 3er. Premio Internacional. Pelo.



RICARDO CASELLA. Argentino. 3er. Premio Internacional. Pelo.



JUAN URSHIPIA . Uruguayo. 3er. Premio. Gurupa.



VICTOR CAVIA. Uruguayo. 3er. Premio Nacional. Pelo.



BIBIANO RAMIREZ. 2º Premio Nacional. Pelo.



Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
EL MAHARAJAH NO SOSPECHABA LA TRAMPA DE JACKSON, Y ASINTIÓ EN IR A BUSCAR EL RINOCERONTE ENTRE LA ESPESURA.



PERO EL BRUTO HERIDO NO ESTABA MUERTO... DOS TONELADAS DE FURIA VENGATIVA ESPERABAN OCULTAS



PRONTO JACKSON SONRIÓ, PORQUE HABÍA PERCIBIDO RUIDOS DE LUCHA Y UN GRITO DE ANGUSTIA... DESPUÉS SILENCIO.



AVANZÓ CAUTELOSA Y APREHENSIVAMENTE... HASTA QUE CONTEMPLÓ LA ESCENA DE MUERTE!



"SALIÓ, SALIÓ! SOY RICO," GRITÓ JACKSON TRIUNFANTE.



ABRUPTAMENTE, SIN EMBARGO, APARECIÓ TARZÁN. "ESO ES LO QUE UD. CREE!" ADVIRTIÓ. "NO ME PUEDE CONVENCER DE QUE ESTE FUÉ OTRO ACCIDENTE!"
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO



"¿Y QUÉ?" RESPONDIÓ JACKSON "NADIE ME VA A QUITAR MI HERENCIA..."
1425



"NADIE..." INTERRUMPIÓ UNA VOZ FRÍA Y DURA, "EXCEPTO YO!"


Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
50 AÑOS 1909-1959
modernas creaciones en artículos de
PUNTO
para 1959
1 - Casaca de cuello alto con novedoso detalle de botones, colores de moda. Talle 54 $38.00, talles 46/52 $34.50
2 - Novedosa casaca con escote fantasía en diversos tonos del momento $22.00
3 - Casaca con escote V y bolsillos, en fino punto de lana de variados tonos $26.50
4 - Casaca en punto de lana, moderna selección de colores $19.00
5 - Conjunto en fino punto de lana "Lancarina", tonos de actualidad. Buzo manga corta $24.50
Saquito $31.50
6 - Saco con cuello, manga raglan en abrigado punto tricot, varios colores. Talles 54 al 58 $49.00, talles 46 al 52 $44.50
7 - En tonos de actualidad destacamos elegante saco en punto francés a $51.00
8 - Presentamos saco de gran moda en lana fantasía a un precio muy conveniente $38.00
9 - Buzo con original fantasía en el cuello y delantera, muy indicado para sport $32.80
10 - Saco en punto francés, modelo entallado en variedad de colores. Talles 54/58 $34.00, talles 46/52 $31.00
PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. - Lunes a las 20 horas CESAR ZAGNOLI Y SU TRIO TIPICO. - Miércoles a las 20 horas OTELLO MAGGIOLINI Y SU CONJUNTO CARACTERISTICO DIRIJIDO POR MECHA CHAIN. Miércoles a las 22 y 30 LA GRAN TELE-REVISTA CON SU ESCENARIO DE VARIEDADES PRESENTANDO LAS GRANDES ATRACCIONES DE LA T.V.
CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.
CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302 TELEF. 20 09 61
SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341 TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00
SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601 TELEF. 40 41 11